EDUARDO F. LOZANO
(Buenos Aires, junio 1, 1925 - Pittsburgh, agosto 25, 2006)

POR

CARLOS JÁUREGUI
Vanderbilt University

Foto cortesía del CLAS, University of Pittsburgh

[E]l amor no es una cosa que se vaya de pronto, deja siempre sus raíces muy adentro del polvo. [...] Es que se siente nostalgia al dejar todas las cosas, por míseras que sean. Como dejar el lecho, dejar de comer, dejar el esfuerzo y la fatiga...

Eduardo Lozano, "Un hecho simple"
Sur 202 (1951): 40

Iré entre tumbos y tirantes toros
al huerto de los árboles vacíos
y sólo el corazón será mi fruto

Eduardo Lozano, "Habla de amante"
Sur 221 (1960): 57

Eduardo Lozano fue uno de los más importantes bibliotecarios latinoamericanos; y uno de las más gentiles y generosos; su labor fue arte, hazaña y creación: una de las colecciones latinoamericanas más completas y selectas del mundo: la "Eduardo Lozano Latin American Library Collection" (nombrada en su honor en 1997), parte de la *Hillman Library* de la Universidad de Pittsburgh. Lozano deja tras de sí una obra monumental con un lugar prominente en la historia cultural latinoamericana y en la del latinoamericanismo: medio millón de volúmenes, sin contar revistas, periódicos, material audiovisual, documentos y otras publicaciones; aproximadamente el 18% del catálogo de la biblioteca. El origen de este acervo extraordinario fue un exiguu inventario de 30.000 volúmenes, un modesto presupuesto y un argentino, bibliófilo, poeta, pintor, y viajero incansable que fue a dar a Pittsburgh en 1967. Su estatura intelectual, cultura universal, conocimiento profundo de Latinoamérica, apabullante intuición crítica, actividad febril, entusiasmo y confianza en la cultura, durante cerca de cuarenta años de dedicación completa, hicieron posible la colección latinoamericana; obra enorme e inacabada, obra haciéndose y *siempre en peligro*, como decía él.

Nacido en Vicente López y Callao, Barrio Norte de Buenos Aires, Argentina, en 1925; hijo de un estanciero criador de ovejas, Lozano pasó los primeros diez años de su vida en el campo; a ese campo –recordado con ambivalencia– regresará en muchos de sus

poemas y ensayos. Hizo sus estudios de secundaria en los colegios de La Salle y Nicolás Avellaneda. A los veinte años frecuenta las tertulias literarias bonaerenses y empieza a colaborar en la famosa revista *Sur*, fundada por Victoria Ocampo. Su primera contribución (“Tres fragmentos”) aparece en el mismo número y precediendo “El Aleph” de Borges (*Sur* 131 [1945]: 46-51). Lozano publicará numerosos poemas y ensayos desde entonces hasta 1960; en 1973 dos de sus poemas de finales de los años 40 y 50 aparecerán como parte de las antologías de la revista. Lozano publica también en la revista *Escritorio* (Montevideo) y mantiene fluidas relaciones con intelectuales y artistas uruguayos como el crítico Carlos Real de Azúa. En 1948 publica su poemario *Argumento del hombre* (Buenos Aires, Botella de Mar), con una carátula diseñada por Augusto Torres, hijo y alumno del pintor y escultor Joaquín Torres García (1874-1949) (iniciador del “Universalismo Constructivo”). Este libro es reseñado por Eduardo González Lanuza (*Sur* 181 [1949]: 82-87) quien señala cierta voluntad ultraísta de ruptura semántica que le parecía riesgosa: “Lozano ha prescindido deliberadamente del sentido que la acepción académica otorga a las palabras” (84). González Lanuza en términos generales se distancia de las “brumas deliberadas” de la poesía de Lozano aunque reconoce en ella “de pronto relumbrantes luces en hermosas metáforas” (86). Más tarde, cuando Lozano vive en San Juan, publica algunos poemas en la revista *Utopía* (1959, 1961) y el diario *La Nación* (1960, 1961). En 1965 la editorial Losada publica su libro *De nacer y morir* (Buenos Aires), de cual Guillermo Sucre dice: “una sintaxis dislocada y aún violenta se combina con giros de un idioma deliberadamente arcaico y arcádico, que parece del alba misma del español” (“Poesía crítica: Lenguaje y silencio”, *Revista Iberoamericana* 76-77 [1971]: 579). Lozano escribió y publicó poesía toda su vida, aunque con parquedad y modestia; su obra no fue ni abundante ni reconocida más allá de pequeños grupos de intelectuales y escritores latinoamericanos entre los que se contó Octavio Paz, quien vio en su “sintaxis dislocada” una suerte de gesto poético arborescente: “boscoso lenguaje –ora sombrío ora brillante” (Octavio Paz, *Las peras del olmo* [1983]: 184). La poesía de Lozano fue más bien una poesía en tono menor; con una sintaxis desgajada sí, pero muy poco pretenciosa o “boscosa”; poesía de verso e imagen contundente pero modesta. A diferencia de tantos poetas –que se leen y releen a sí mismos en voz alta– Lozano fue un poeta recatado y sin mucha confianza en su obra; no colocó ni uno sólo de sus libros de poesía en el catálogo de la biblioteca que dirigía. Eduardo Lozano tenía más confianza en el Lozano pintor y bibliógrafo que en el poeta.

El contacto de Lozano con la obra de Torres-García a finales de los años 40, así como con varios artistas del Taller Torres-García (Julio Alpuy, Augusto Torres y Horacio Torres, Guido Castillo, Héctor Ragni) marcará la que será su otra gran vocación después de la poesía y las bibliotecas: la pintura. Lozano se casa en 1954 con Lillian Seddon y se va a vivir a San José de Jáchal (una provincia de San Juan) con un cargo burocrático en una dependencia provincial del Ministerio de Economía. En Jáchal empieza a pintar; en 1959 hace su primera exposición organizada por la Dirección general de Cultura de San Juan; en 1960, la segunda en el Museo Municipal Genaro Pérez (Córdoba); otra en 1961 en la Galería Lirolay de Buenos Aires; y otra más en la Biblioteca San Martín de Mendoza, Cuyo en 1967. Lozano dedicará gran parte de su vida a la pintura con relativo éxito y

numerosas exposiciones individuales y colectivas en Argentina y los EE.UU. (*Frick Fine Arts Gallery*, Pittsburgh 1979; *Hispanic Art Tour*: New York, Chicago, Miami, Houston, Los Angeles y San Francisco 1985; *Galería Van Riel*, Buenos Aires 1987; *Undercroft Gallery*, Pittsburgh, 1990; etc. Ver *Lozano* de Iván Vázquez, Julia Ariza y Raúl Santana. Buenos Aires: Imágenes Vázquez, 2006).

Sin desconocer los aciertos y logros de Lozano como poeta y pintor, los cuales sin duda esperan una revaloración crítica, es en la biblioteca donde de manera más evidente puede apreciarse su legado. Lozano fue un insigne procurador de la *ciudad letrada*; una tarea como la Colección latinoamericana sólo puede acometerse con una enorme confianza, como la suya, en la biblioteca como refugio de la inteligencia, la cultura, la crítica y la democracia. Permítaseme, a propósito de esto, traer a colación “Presencia de la patria marginal”, cuento poco conocido de Lozano que publica en la Revista *Sur* en 1960 (267: 69-83), y que anticipa esta apuesta vocacional por la biblioteca: un intelectual ciudadano visita una provincia pobre en la Argentina y se duele de la pobreza de los campesinos desposeídos, explotados, endeudados, miserables y marginados de la “patria moderna”: “son –dice– ese prójimo que preferimos ignorar. Y son también la patria” (74). Dicha “patria marginal” es, anota el texto, mantenida en la ignorancia con la complicidad de aquellos que tienen “la obligación de conjurarla”. La palabra “educación” ha devenido “palabra vana, palabra ya desgastada por el uso y por el abuso, palabra que parece final y no causal” (74). Sin embargo, en medio de esta especie de margen miserable de la *ciudad letrada* – cuyo paisaje son “humildes calles, [...] caserones semiderruidos, [...] y árboles desnudos– el personaje del cuento de Lozano encuentra una biblioteca: “En una esquina un edificio revocado, digno, sobrio” que “nadie frecuenta” y que el intelectual viajero inicialmente no comprende (75). Pero esta aparición adquiere pronto la categoría de anagnórisis epifánica:

Los elementos culturales no son decorativos: defienden, salvaguardan, modifican y crean día a día la sociedad en que vivimos. Por eso el pueblo siente que en la simple existencia de esta biblioteca se cobija una parte de su ser, que su desaparición dejaría una grieta dolorosa, que por razones que no están bien claras o motivos en los que nunca han pensado esta esquina no es una esquina más. Es el testimonio más firme de que esto no es un conjunto de casas sino un pueblo [...] con sus ansias de relacionarse con la cultura de otros pueblos. (75)

El pueblo, claro, no tiene tiempo para preocuparse por la biblioteca en medio de los apuros económicos lo cual no desanima a este intelectual post-arielista: “las actividades más elevadas son justamente las de la subsistencia. Pero en esa subsistencia está implícita la actividad cultural” (76). Cultura no es sólo “conjunto de libros” ni “sólo las obras de arte”; es trabajo y “deseo de reunión”. La biblioteca en su digna –y accidental– soledad no es un signo de decadencia sino de esperanza.

En 1961 Lozano se radica en San Juan donde obtiene el cargo de director de la Biblioteca de la *Universidad de Cuyo*, sede San Juan. En 1965 será además director de la Biblioteca de la *Universidad Provincial Domingo Faustino Sarmiento*, de cuya Facultad

de Humanidades era decano su amigo Juan Adolfo Vázquez (más tarde profesor del departamento de Literaturas Hispánicas de la Universidad de Pittsburgh y director de la *Latin American Indian Literatures: A Review of American Indian Texts and Studies*, publicación en la que Lozano colaboró como editor asociado y publicó numerosas bibliografías especializadas sobre lenguas y cultura indígenas desde finales de los años 70).

Lozano llegó a la Universidad de Pittsburgh en 1967 atendiendo una invitación para crear la colección latinoamericana de la biblioteca, conforme al plan –diseñado bajo la administración del Chanceller Edward Litchfield (1956-1965)– para impulsar los estudios latinoamericanos. Los detalles de dicha invitación no son claros. Cole Blasier –primer director del *Center for Latin American Studies* (1964-1974)– dice haber invitado a Lozano por recomendación de Harold Lancour decano de la *University of Pittsburgh Library School*. Me parece poco probable que Lancour conociera a un bibliotecario que apenas llevaba cinco años como director de una biblioteca universitaria de provincia en la Argentina. Lozano mismo alguna vez indicó que su invitación había sido cursada por Blasier pero gestionada por Alfredo A. Roggiano –Director Ejecutivo del IILI, director de la *Revista Iberoamericana* y profesor del departamento de literaturas hispánicas de esa universidad. Lozano atendió la insistente invitación de la universidad y viajó a Pittsburgh con la idea inicial de trabajar por un año para iniciar una colección latinoamericana, entrenar a alguien para continuar el trabajo y regresar a la Argentina. Lillian se reunió con él en Pittsburgh en 1968.

La difícil situación política en la patria prolongó la estancia planeada. En 1966 el golpe de estado al mando del general Juan Carlos Onganía había inaugurado un periodo especialmente arduo para las universidades argentinas y la autonomía universitaria. La dictadura aplazó el regreso un año y otro más, hasta que éste se convirtió en exilio. Lozano decidió radicarse en Pittsburgh donde echó raíces, hizo amistades y desplegó una increíble actividad intelectual, artística y profesional. Su trabajo y liderazgo en la *Hillman Library* por cerca de cuarenta años resultaría en una de las mejores colecciones de estudios latinoamericanos en el mundo: una gran biblioteca latinoamericana en el exilio, recogida y escogida en cuatro décadas de viajes y visitas a libreros, de intercambios, de pesquisas y de acechos a libros por todo el continente. Se trata no sólo del medio millón de libros y de los miles y miles de revistas, periódicos, microfilmes, videos y documentos, sino de la visión misma de la colección, de su selección inteligente y de su pulida noción de lo importante. Lozano comparaba la labor del bibliotecario con la de un arquitecto o un compositor: decía, con razón, que no se trataba simplemente de acumular cosas (espacios, sonidos o libros) sino de crear un orden útil, una estructura. Lozano re-fundó en Pittsburgh una Latinoamérica que tantos latinoamericanos hemos venido a buscar y que consultan continuamente investigadores de todo el mundo. La colección está en su gran mayoría formada por textos y documentos latinoamericanos; es decir, no es únicamente una colección *sobre* sino *de* Latinoamérica, que hace posible salir de los catálogos de las imprentas universitarias de los EE.UU. para adentrarse en los diálogos con la cultura y el pensamiento Latinoamericano. Lozano pedía libros directamente a las editoriales

universitarias y comerciales, así como a los libreros latinoamericanos, y no dependía de los distribuidores norteamericanos ni de la dictadura del mercadeo metropolitano. La mayoría de los libros los compraba *in situ*: viajaba por toda Latinoamérica (visitó 21 países) por dos o tres meses cada año durante el verano, y revisaba tanto las novedades editoriales como las existencias de libros viejos y rarezas bibliográficas disponibles. Lozano procedía a su compra, embalaje y envío (¡él mismo empacaba!). No había en Latinoamérica –y aún no hay– catálogos completos ni bases de datos en las propias editoriales, librerías y editoriales universitarias. Comprar libros es una labor que implica no sólo conocimiento, erudición y una gran visión intelectual (cosas que le sobraban a Lozano) sino la paciencia de leer reseñas, recorrer anaqueles, abrir cajas, mover muebles, hacer preguntas, comer polvo. Lozano lo hacía cada año en giras que además de enriquecer la colección hicieron de él mismo una figura legendaria y apreciada por cientos de libreros, editores y anticuarios con los que mantuvo relaciones y amistad por décadas, y a quienes reclutaba frecuentemente para la búsqueda de tal o cual libro o revista que necesitaba un profesor o un estudiante de Pittsburgh. La de Lozano fue una labor heroica, amorosa y terca, contra el viento y la marea de la política menuda y de los aprietos financieros de la universidad, en medio de vaivenes y obstrucciones burocráticas tanto en Latinoamérica como en este país. Con gran inteligencia y habilidad se dio las mañas de vencer estas dificultades: envió e importó libros de México a Pittsburgh vía el Perú cuando esta opción resultaba más eficiente; desafió el menosprecio de la academia norteamericana frente a las academias y la producción de conocimiento en Latinoamérica y compró libros desdeñados por la arrogancia metropolitana, que hoy son joyas bibliográficas; rescató bibliotecas enteras de la polilla y la destrucción; sin viajar a Cuba logró por cuatro décadas traer a Pittsburgh las publicaciones de este país a través de libreros argentinos, uruguayos y mejicanos, y venciendo las dificultades (burocráticas, cambiarias, políticas y comerciales) derivadas de las obtusas relaciones entre los Estados Unidos y Cuba; aunó esfuerzos con profesores en Pittsburgh (como James Malloy, Carmelo Mesa Lago o Alfredo Roggiano, entre otros) para buscar, seleccionar y obtener documentos y libros que hoy hacen parte de bibliografías únicas (a veces no disponibles ni en los propios países de origen), como es el caso de muchos de los libros y documentos de los catálogos de Hillman sobre Bolivia, Cuba y Argentina, así como de Brasil, Ecuador, Guatemala, México, Perú y Venezuela.

Hace unos años en São Paulo, Eurico Brandão Filho, uno de los más importantes libreros del Brasil me contaba –mientras señalaba una mesa destartada y polvorienta en un rincón de su enorme librería (Sebo)– que Lozano pasaba allí horas sentado, a veces en el piso, entre montones de libros que revisaba, inventariaba y empacaba. Este “método” aseguró a la universidad no sólo la calidad y selectividad de la colección sino precios asequibles para una universidad que no destina a su colección latinoamericana sino una fracción minúscula de lo que gastan otras universidades con colecciones comparables como las de Berkeley o las de University of Texas. El propio Lozano recordaba entre chiste y chanza como durante su primer año en Pittsburgh el presupuesto de adquisiciones había sido apenas de US \$2.500 mientras que el presupuesto de la colección latinoamericana de la University of Texas ese mismo año había sido de US \$250.000.

Pese a su reticencia a recibir honores Lozano fue distinguido por la comunidad académica, la Universidad y el gremio de bibliógrafos. En 1997 recibió un certificado honorario de Estudios Latinoamericanos del *Center for Latin American Studies* de la Universidad de Pittsburgh, y ese mismo año la colección fue nombrada en su honor “Eduardo Lozano Latin American Library Collection”. Entre las últimas distinciones que Lozano recibió están el homenaje que le hicieron sus colegas durante el 50º aniversario de SALAM (*Seminar for the Acquisition of Latin American Library Materials*) en la Universidad de la Florida y la cena de homenaje en su honor ofrecida por la *Unión Cultural Latinoamericana* de Pittsburgh.

Después de una dura lucha contra el cáncer, Lozano murió en su casa en Point Breeze, Pittsburgh, el 25 de agosto de 2006. Poco después Iván Vázquez publica en Buenos Aires el libro *Lozano* dedicado a su obra artística.

Lozano, la persona, se me escapó siempre. A diferencia de muchos de mis contemporáneos y colegas que fueron sus amigos, mi relación con él fue siempre académica; siempre impregnada de la cordialidad y dulzura de su trato pero invariablemente referida a la información incompleta de un libro encontrada en una nota a pie de página de otro, a un esquivo artículo del siglo XIX aparecido en un periódico local de una provincia en República Dominicana, a los trasapelados archivos de un escritor modernista brasileño perdido en los vericuetos del tiempo y la memoria, o a una revista de los años 20 con tres números y 200 ejemplares.... En cada caso, Lozano con gran generosidad buscaba y encontraba libros, textos, referencias y pistas, hacia llamadas, escribía a libreros, preguntaba aquí y allá y se alegraba con los hallazgos bibliográficos ajenos como si se tratara de su propia investigación. Lozano decía que una biblioteca exitosa no se preocupa por tener los libros sino para prestarlos. “¡Enhorabuena!” –decía– cuando uno le contaba que acababa de sacar un libro de los depósitos donde había dormido por tres décadas sin lectores: “Te estaría esperando”. Uno de sus chistes favoritos era el de un bibliógrafo bobo que despierta a su jefe una noche para informarle que por primera vez en muchos años todos los libros de la biblioteca se encuentran en los anaqueles: es decir –dice el director– que la biblioteca no sirve.

La última vez que hablé con él, estaba preocupado con la proliferación de las colecciones electrónicas efímeras o bajo suscripción que, a diferencia de los volúmenes físicos del catálogo, no son propiamente adquiridas y desaparecen en el momento que la universidad deja de pagar la suscripción. Pensaba, con razón, que así como los números de revistas descontinuadas permanecen en las estanterías, la suscripción electrónica debería dar a las bibliotecas un derecho de archivo y consulta de los libros y revistas publicados durante la suscripción, y que sin dicho derecho, las ventajas económicas de la suscripción electrónica eran mentirosas: una fachada de la precariedad de las propias bibliotecas. En otras palabras, aunque muy consciente de las ventajas de la digitalización, a Lozano le inquietaba que este medio fuera un sistema de desposesión y de entrega del archivo cultural a la empresa privada.

Le inquietaba igualmente la obligación burocrático-académica de publicación de los profesores en la academia norteamericana que según decía, iba a terminar por llenar

estantes y bibliografías con montañas de libros caros y a menudo superfluos. Temía que la abundancia de lo secundario, de lo improvisado, se tomara las bibliotecas haciendo indistinguible el trabajo serio.

Alguna vez hablando de literatura y canibalismo (las pláticas con Lozano eran un verdadero *discurrir*) la conversación llegó a Borges (¿cómo no?) y, finalmente, al conocido cuento “La biblioteca de Babel” que yo creía –o asumía– era el favorito de Lozano. Lozano desordenó su pelo largo y blanco con ambas manos y me aclaró que no era así; que para él, este cuento era pavoroso: el desorden sin índice, la imposibilidad de la biblioteca, la pesadilla del bibliotecario. Me dijo, además, que la renuncia del narrador a la búsqueda del libro (el catálogo de catálogos) era una claudicación imperdonable. Es ahora, a raíz de su muerte, que se me ocurre que la seriedad jocosa con la que Lozano hablaba de la “Biblioteca de Babel” era en sí –allende la broma– un manifiesto del vitalismo y de la “elegante esperanza” con que Lozano enfrentó la tarea inacabable de la colección latinoamericana. Lozano murió lejos del hexágono en el que nació, pero, a diferencia del narrador del cuento de Borges, renunció a la renuncia, se negó a “dejar el esfuerzo y la fatiga” y, mientras las fuerzas se lo permitieron, siguió tercamente buscando y organizando libros; empeñado en la labor sinfín. De Eduardo Lozano y de su febril empresa queda –más allá del recuerdo, el agradecimiento y el aprecio de tantos estudiantes, profesores, investigadores, amigos y familiares– el tesoro bibliográfico de la biblioteca misma, el corazón y el fruto, desafiando el “aire insondable” que azota el “huerto de los árboles vacíos”.